



Ernest Hemingway (1899-1966)

“El viejo en el puente” (1938)

Un viejo con gafas de montura de acero y la ropa cubierta de polvo estaba sentado a un lado de la carretera. Había un pontón que cruzaba el río, y lo atravesaban carros, camiones y hombres, mujeres y niños. Los carros tirados por bueyes subían tambaleándose la empinada orilla cuando dejaban el puente, y los soldados ayudaban empujando los radios de las ruedas. Los camiones subían chirriando y se alejaban a toda prisa y los campesinos avanzaban hundiéndose en el polvo hasta los tobillos. Pero el viejo estaba allí sentado sin moverse. Estaba demasiado cansado para continuar.

Mi misión era cruzar el puente, explorar la cabeza de puente que había más allá, y averiguar hasta dónde había avanzado el enemigo. La cumplí y regresé por el puente.

Ahora había menos carros y poca gente a pie, y el hombre seguía allí.

—¿De dónde viene? —le pregunté.

—De San Carlos —dijo, y sonrió.

Era su ciudad natal, por lo que lo llenó de satisfacción mencionarla, y sonrió.

—Cuidaba de los animales —explicó.

—Oh —dijo, sin entenderlo del todo.

—Sí —dijo-, ya ve, me quedé cuidando de los animales. Fui el último que salió de San Carlos.

No tenía pinta de pastor ni de vaquero, y tras observar su ropa negra cubierta de polvo, su rostro gris cubierto de polvo y sus gafas de montura de acero, dije:

—¿Qué animales eran?

—Animales diversos —dijo negando con la cabeza-. Tuve que dejarlos.

Yo estaba contemplando el puente y el aspecto de paisaje africano del delta del Ebro y me preguntaba cuánto tardaríamos en ver al enemigo, y todo el rato estaba atento por si oía los primeros ruidos que delataran ese misterioso suceso denominado contacto, y el hombre seguía allí sentado.

—¿Qué animales eran? —pregunté.

—En total tres clases de animales —explicó-. Había dos cabras y un gato y cuatro pares de palomos.

—¿Y los ha dejado? —le pregunté.

—Sí. Por culpa de la artillería. El capitán me dijo que me fuera por culpa de la artillería.

—¿Y no tiene familia? —pregunté, vigilando el otro extremo del puente, donde los últimos carros bajaban deprisa la pendiente de la orilla.

—No —dijo-, solo los animales que le he dicho. Al gato, naturalmente, no le pasará nada.

Un gato sabe cuidarse, pero no quiero ni pensar qué va a ser de los otros.

—¿En qué bando está usted? —le pregunté.

—Yo no tengo bando —dijo-, y luego seguiré. ¿Adónde van esos camiones?

—A Barcelona —le dije.

—No conozco a nadie en esa dirección —dijo-, pero muchas gracias. Se lo repito, muchas gracias.

Me miró sin expresión, cansado, y continuación, necesitando compartir su preocupación con alguien, dijo:

—Al gato no le pasará nada, estoy seguro. No hay por qué inquietarse por un gato. Pero a los demás, ¿qué cree que les pasará a los demás?

—Bueno, probablemente tampoco les pasará nada.

—¿De verdad lo cree?

—¿Por qué no? —dijo mirando la otra orilla, donde ya no había carretas.

—Pero ¿qué harán cuando el empiece el fuego de la artillería, si a mí me dijeron que me fuera por culpa de la artillería?

—¿Dejó abierta la jaula de los palomos? —pregunté.

—Sí.

—Entonces saldrán volando. Pero los demás. Más vale no pensar en los demás —dijo.

—Si ya ha descansado, yo que usted me iría —le insistí—. Levántese e intente andar.

—Gracias —dijo, y se puso de pie, avanzó haciendo eses y volvió a sentarse en el polvo, dejándose caer.

—Yo solo cuidaba de los animales —dijo sin energía, pero ya no hablaba conmigo—. Solo cuidaba de los animales.

No se podía hacer nada por él. Era Domingo de Pascua y los fascistas avanzaban hacia el Ebro. Era un día gris y las nubes iban bajas, por lo que sus aviones no volaban. Eso, y que los gatos supieran cuidarse solos, era toda la buena suerte que tendría aquel hombre.